

Escribe Rufino (1) que vino una vez al abad Aquilio cierto monje para darle cuenta como en guardar la celda sentia mucho tédio y tristeza; al cual respondió el prudente Abad: Esto nace, hijo mio, de que no piensas en los tormentos eternos que tememos, ni en el descanso y gozo que esperamos; porque si esto pensaras, aunque estuviera tu celda mandando é hirviendo en gusanos, y te llegaran hasta la garganta, con todo eso estuvieras en medio de ellos, y perseveraras en tu recogimiento sin tédio ni enfado. Lo tercero, con lágrimas y dolor del alma se debe procurar recompensar por los pecados pasados, y satisfacer por ellos con dolorosa contricion y amargura de su corazon; pues la eternidad de bienes que por ellos perdió con la penitencia se repara, porque es tan eficaz esta virtud, que restaura lo pasado; y aunque dicen que lo hecho no tiene remedio, y que en lo pasado no hay poder, esta poderosísima virtud tiene tanto poder que deshace lo hecho, y prevalece en lo pasado; pues los pecados hechos quita, como si no se hubiesen hecho.

CAPÍTULO VIII.

¿Qué es la eternidad? no tener fin.

Todas estas declaraciones y definiciones de la eternidad aun no son bastantes para significar su concepto ni para declarar su grandeza; ni aun se entiende bien (como notó Plotino) lo que los autores que la definen sintieron, antes se podia decir de ella lo que dijo Simónides (2) cuando le pidió el rey Hieron de Sicilia que declarase qué cosa era Dios. Tomó el filósofo espacio de un dia para responderle, y considerarlo entre tanto: pasado aquel dia, dijo que habia menester considerarlo mas tiempo, y pidió para ello otros dos dias, al cabo de los cuales pidió otros cuatro, los cuales pasados, dijo que mientras mas lo pensaba mas hallaba que pensar y menos cómo explicarse, porque se le escondia mas mientras mas andaba en su consideracion. Lo mismo se puede decir de la eternidad: que es un abismo tan profundo, que no puede hacer pié en su ponderacion el conocimiento humano, porque mientras mas se considera, tiene mas que considerar; y así como dijo san Dionisio Areopagita (3) que Dios no se podia decir lo que era, sino lo que no era, y sobre lo que era; así tambien la eternidad no se puede tanto declarar por lo que es, como por lo que no es, ó sobre lo que es. No es la eternidad tiempo, no es espacio, no es siglo, no es millones de siglos, sino sobre millones de siglos, sobre todo tiempo, sobre todo espacio. No es eternidad esta vida que gozas, y presto se ha de acabar: no es eterna la salud con que ahora estás, no son eternos tus entretenimientos, no son

(1) Ruf. num. 107, et Pelagi. libel. 7, num. 28. — (2) Cic. l. 2 de Nat. Deor.

(3) De mist. theol.

eternas tus posesiones, no son eternos tus tesoros, no son eternos aquellos en que confias, no son eternos estos bienes en que te complaces, tienes que dejarlo todo; mayor cosa es la eternidad, y sobre todo eso son las cosas eternas, sobre los reinos, sobre los imperios y sobre toda felicidad. Por eso Lactancio (1) y otros autores declararon á la eternidad por lo que no era, diciendo unos que eternidad es lo que no tiene fin, otros lo que no tiene mudanza, otros lo que no tiene comparacion; esto es, lo que no es limitado, lo que no es mudable, lo que no es comparable. Bastará declarar y hacer anatomía de estas tres condiciones de la eternidad, si bien no para dar á entender lo que es, por lo menos para causarnos pavor y estima de ella, que es lo que mas nos conviene, y juntamente gran desprecio de todo lo temporal, que es limitado, mudable y poco.

§ II.

Por la primera condicion de no tener fin dijo Cesáreo (2) que la eternidad es un dia que carece de tarde, porque nunca verá puesto el sol de su claridad: esto se entiende de la eternidad de los santos, porque la de los pecadores no es sino una noche que carece de mañana, porque nunca les amanecerá el sol: en eterna lobreguez y oscuridad han de estar abrasándose sus cuerpos y atormentando sus almas. Y si al calenturiento que se desvela estándose en su cama regalada una hora de la noche le parece un siglo, y está por momentos esperando la mañana, ¿qué será estar una noche eterna sin dormir los que durmieron en esta vida, donde habian de velar padeciendo tantos tormentos y en cama de fuego abrasador sin esperanza de mañana? Por cierto que aunque no hubiera en el infierno otra pena sino estar en aquella lobreguez y noche sin fin, era para asombrar su memoria. Esta misma condicion de carecer de fin significaron los antiguos con la figura del anillo con que figuraban á la eternidad, porque en el anillo no se halla fin. Con mas misterio la llamó David *corona*, segun Dionisio Cartusiano, cuya redondez tambien carece de fin: para significar que una eternidad sin fin ha de ser el premio y corona de nuestras buenas obras y paga de las malas. Temblar debiamos de esta voz: *Sin fin por las obras malas*; gozarnos debiamos de estas palabras: *Sin fin por las obras buenas*, si cabe en nuestro concepto lo que es durar sin fin; porque nadie puede decir con demasia ni exagerar lo que es, y siempre se dirá menos, porque, como pondera san Buenaventura (3), si un condenado derramase de cien á cien años una lagrimita solamente, y se fuese guardando cada gota de estas, hasta

(1) Lactan. de falsa relig. l. 1, cap. 12. — (2) Cæsar. dial. 3. Vespere carens, et unus dies est tota æternitas, quoniam nulla sequente nocte ultra mundana lux excipit. — (3) Bonav. de inf. cap. 49.

que viniesen despues de innumerables centenares de años á ser tantas que igualasen con el mar, ¿cuántos millones de años fueran necesarios para igualar, no digo yo al mar Océano, sino á un solo arroyuelo? ¿Por ventura podríase decir despues de lleno un mar en tantos millones de siglos, esta es eternidad, aquí acabó? No, sino empezó. Tórnense á guardar otra vez las gotas de lágrimas tan tardías de aquel miserable condenado, y llenen otra vez el piélago despues de tantos millones de centenares de años, ¿acabariase entonces la eternidad? No, sino que empezaria como el primer dia. Repitase lo mismo otras diez, otras veinte y otras cien mil veces: hinchense y rebosen otros cien mil océanos con las pausas y tardanzas que hemos dicho, ¿topariase por ventura con el suelo de la eternidad? No, sino que nos quedaríamos en la superficie, y tan profunda é inapeable estaria ella como al primer paso. No hay número ni guarismo que pueda comprender los años de la eternidad; porque si todos los cielos fueran otros tantos pergaminos todos escritos de una parte y de otra de números y mas números aritméticos, no llegaran todos ellos á decir la mas mínima parte de la eternidad; porque no tiene parte, sino que está toda entera; y aunque no hubiera océano que tuviera tantas gotas, ni monte que tuviese tantos granos de arena, no se podrian contar por ellos los años de la eternidad.

Para declarar mas esto quiero contar lo que pasó á Arquímedes. Habia en su tiempo unos filósofos que decian que el número de las arenas del mar era infinito; otros, aunque decian que no era en sí infinito, pensaban que no podian comprenderse en número alguno. Para refutar á unos y otros hizo Arquímedes un libro muy docto y agudo, que dedicó al rey Gelon, en el cual probaba que aunque el mundo estuviese todo lleno de arenas, y él fuese mayor que ahora es, era toda aquella multitud de arenas limitada, y que se podia reducir á número, y él hace la cuenta de todas cuantas serian. Despues de este filósofo el Padre Claudio hizo la misma cuenta de cuántos granitos de arena se podia llenar todo cuanto espacio hay debajo del firmamento, cuánto ocupan agua, aire, fuego y los cielos, esto es, cuánto espacio hay debajo de las estrellas fijas; y haciendo cada granito de arena tan pequeñito é indivisible que diez mil de ellos hicieran un granito de dormidera ó mostaza, viene á sumarlos todos tan en breve cuenta, que la puso en un renglon, porque el número de todos ellos no consta mas que de una unidad y cincuenta y un ceros. Supuesto, pues, que tanta multitud de millones de millones de granos se comprende en tan breve cuenta, cotéjese qué serán los años infinitos que comprenderá la eternidad. Porque no digo una plana de un libro, sino que si todo un libro fuese de guarismos; ni digo solo un libro, pero cuanto papel hay en el mundo; y aunque el mundo todo desde el firmamento estuviese lleno de papel, y todo el firmamento estuviese escrito de números, no comprendieran todos la mas mínima parte de la eternidad, por ser tanta la multiplicidad que se añade en cada nú-

mero, que á cada cero que se añade lo va doblando diez siempre, porque si á una unidad se añade un cero, hace diez; si se añade el segundo, hace ciento; si se añade el tercero, hace mil; y de esta manera se van con tanta prisa multiplicando los números: por donde podrá cada uno considerar que, añadiendo cien ceros, se hace tal número cual no puede concebir la imaginacion. Pues ¿qué sería añadiéndose tantos cuantos pudiesen caber en un pergamino tan grande como el cielo? Pues todo este número tan innumerable no es como la menor partecita de la eternidad; porque despues de pasados tantos años como se pudieran comprender en tan gran suma, estuviera la eternidad tan infinita como el primer dia: todos aquellos años últimamente toparian con fin, y se vendrian á acabar, y otros tantos mas y millones de veces mas; pero la eternidad siempre será, y estará despues de pasados todos estos millares de siglos como si empezase entonces.

Piense el cristiano de espacio cuán larga vida seria la de cien mil años; pues no ha pensado nada respecto de la eternidad. Piense diez veces cien mil; no ha hecho nada. Piense mil veces mil millones; no ha quitado ni una partecita de ella. Piense mil millares de millones de millares de millones; aun está entera sin tocar á la eternidad. Piense otros millones de veces otro tanto; no ha dado aun con el fin de la eternidad, antes se estará siempre en su principio, porque, como dijo Lactancio (1): *¿Con qué años se puede hartar la eternidad, pues no tiene fin?* Hallarás siempre en el principio, porque toda es principio; y verdaderamente de esta manera se pudiera dar forma para definirla no poco significativamente: *Eternidad es un perpétuo principio y ningún fin*; porque siempre está al principio y nunca estará en su fin: siempre está nueva, siempre está entera, con nada la pueden disminuir. Quiten de la eternidad tantos años cuantas gotas de agua hay en el mar, cuantos átomos hay en el aire, cuantas hojas hay en los campos, cuantos granos de arena hay en la tierra, cuantas estrellas hay en el cielo; aun se estará toda entera. Añádanla otros tantos años, no por eso será mayor ni estará mas léjos de su fin; porque nunca le tendrá, y en cualquier punto tiene su principio. Nunca, nunca tendrá fin, y siempre, siempre estará en el principio. Considere uno que hubiese un monte de arena que llegase desde la tierra al cielo, y un Ángel quitase de allí á cada mil años un granito solamente; ¿cuántos millares de años y mas millares é innumerables de millares se pasaran hasta que se desapareciese aquel monte? Póngase á hacer cuenta el mas diestro contador, ¿qué tantos años pasarían hasta que se menguase la mitad de él, disminuyéndole tan de espacio aquel Ángel? Parece esto que no era posible tener fin; pero engañase nuestro entendimiento, que fin tendria aquello, y llegaria tiempo en que se hubiese consumado

(1) Lib. 1 de falsa relig. c. 12. Quibus annis saturari potest æternitas, cujus nullus est finis?

la mitad de aquel monte y todo él. Últimamente llegaría tiempo en que solo faltase el último granito, y este también se quitaría de allí; pero de la eternidad nunca llegará fin, y después que se hubiese acabado de consumir aquel monte de arena no se hubiera disminuido nada de lo eterno, sino que estuviera el monte de la eternidad tan entero como al principio, después de pasados millones de siglos: después de consumidos millones de aquellos montes estarán las penas de los condenados tan enteras, flamantes y vehementes como al principio. Esto parece que es lo que notó Habacuc cuando dijo (1): *Desmenuzárse los montes del siglo, y encorvándose los collados del mundo por los caminos de la eternidad*; porque mil montes y collados tan grandes como todo el mundo se podrán deshacer mil veces mientras pasa por ellos la eternidad de los pecadores, que nunca podrá acabar de pasar; y así los miserables pasarán en medio de aquel fuego voraz y tormentos eternos mil años, y mil años, y mil años, y millones de millones de años, sin acercarse mas al fin que el primer día.

§ III.

¿Quién pudiera sufrir que le estuviesen quemando medio lado por un año entero? Pero ¿qué digo estarse quemando de un lado? No, sino solo el estar descansando recostado de un lado sin levantarse ni mudarse al otro por espacio de un año. Lo cual fue una rigurosa penitencia que hizo el profeta Ezequiel por mandado de Dios, que le ordenó que estuviese echado sin levantarse de un lado por espacio de trescientos y noventa días. Esto cumplió el santo Profeta con la gracia divina, pero fue un género de penitencia rigurosísima. Pues si en solo estar un año echado de un lado hay tanto que sufrir, ¿qué será estar por toda una eternidad en aquella noche y lobreguez del infierno, tendido, como cayera el condenado, en una cama de fuego, lloviendo sobre él todo linaje de males sin fin ni término alguno? ¿Qué cristiano hay que, si considerara esto de manera que hiciera de ello vivo concepto, no fuera otro? ¿Quién pudiera tener gusto momentáneo de la tierra, corriendo tanto peligro de los dolores eternos del infierno? ¿Quién se atreviera á pecar arriesgando á penar tanto? ¡Oh, cuán eficaz remedio fuera de las estragadas costumbres de los pecadores si se pusiesen á pensar esto: que la eternidad no tiene fin, que ha de durar para siempre! ¡Oh si cada día pensasen en esto media hora, ó siquiera cada semana, cómo mejorarían su vida! Pero no se ha de pensar en esto de corrida, sino de espacio, con atención y profundidad, revolviendo en su ánimo que es eternidad lo que nunca ha de tener fin, nunca, nunca; porque así como el manjar que no se desmenuza y digiere no entra en provecho, así la eternidad

(1) Habac. III, 6.

bien pensada, rumiada y digerida hará grande provecho en nuestras almas.

La fuerza de esta consideración declara el caso que refiere Benedicto Renato (1) de un hombre mundano bien desvanecido y vicioso que se llamaba Fulcon, el cual como era dado á todo género de gustos y regalos, así también no quería que le faltase el de la cama blanda y sueño largo; pero una noche que le faltó la gana de dormir, pasola dando vuelcos de un lado á otro, deseando por momentos que amaneciese el día. Entre este desvelo le vino al pensamiento esta consideración: ¿por qué tanto tomaras estar de esta suerte? ¿por espacio de dos ó tres años? ¿en continuas tinieblas, sin la conversación de tus amigos y el entretenimiento de tus juegos, aunque estás en cama de plumas tan blanda? Por cierto intolerable trabajo sería. Pues has de saber que no has de salir libre de esta vida: no pienses que has de salir sin que te toquen el pelo de la ropa, porque para bien ser has de caer en una cama enfermo, donde pasarás muy malas noches, si no es que mueras de repente, que será peor. Y después de salir de la cama donde hubieres de morir, ¿sabes qué cama te aguarda? ¿sabes en qué lecho te ha de hospedar la muerte? Tu cuerpo tendrá por colchon la tierra dura, y será comido de gusanos; pero de tu alma ¿qué podrás decir de cierto? ¿Sabes á dónde ha de ir? Por cierto, según tu vida presente, al infierno irás á parar. ¡Qué terrible cama de fuego te espera allí, donde no dos ó tres años, sino por una eternidad, habrás de estar en perpétuas tinieblas y tormentos, y mil, y otra vez mil, y mil millones de veces mil años no bastarán á pagar por uno de tus gustos ilícitos! Allí no verás eternamente al sol, ni al cielo, ni á Dios. ¡Ay de mí miserable! ¡ay de mí! Si este poco de desvelo no puedo sufrir, ¿cómo sufriré eternos tormentos? Lo que importa es mudar de camino, pues por este vas perdido. Con estas consideraciones hizo tal concepto de la eternidad, que no podía echar de sí el pensar en ella, hasta que determinó entrarse religioso, diciendo entre sí muchas veces: ¿Qué hago yo aquí, miserable? Gozo del mundo, y no se me logra su gusto; padezco muchas cosas que no quisiera, y carezco de otras que quisiera tener; afánome por cosas de esta vida; pero ¿qué premio me aguarda de este trabajo vano? No tienes gusto cumplido; pero aunque le tuvieras, ¿qué te puede durar? ¿No ves cada día los que se mueren y entran en la eternidad? ¡Oh eternidad, eternidad, que si no eres en el cielo, donde quiera que seas serás pesada, aunque fuese en una cama muy regalada! Aseguremos el cielo, y por lo poco no perdamos lo mucho, ni por lo temporal lo eterno. Así lo ejecutó, y se entró religioso cisterciense.

(1) Bened. Renat. lib. 5.

§ IV.

En todas nuestras obras habíamos de tener en el pensamiento: *Para siempre, para siempre* me han de premiar lo que hiciere bueno, ó me castigarán si pecare gravemente. Con esto se animará el cristiano á obrar siempre buenas obras, y obrarlas bien. Eliano escribe de Ismenias, embajador de los tebanos para con el rey de Persia, estas palabras (1): Que habiendo de dar su embajada le advirtieron que antes de hablar palabra le habia de adorar; pero pareciéndole á Ismenias que era esta honra demasiada para un rey bárbaro, mas que no la podia excusar, usó de esta traza: tomó el anillo, que antiguamente era de grande estimacion y significacion de autoridad propia, el cual llevaba en un dedo, y echóle secretamente junto á los piés del rey, diciendo entre sí mientras allí estaba postrado: No á ti, sino al anillo. Si tambien en todas nuestras acciones pusiésemos la mira yuviésemos el respeto á la eternidad, no hallaríamos dificultad en alguna obra buena; y así en todas fijemos los ojos en la eternidad que se ha de dar por la obra que se hace en un momento. Bendito sea Dios por todas las eternidades, que nos dará un premio sin fin por trabajos tan breves que apenas tienen principio.

Quejóse una vez Eurípides, insigne poeta de los griegos, que en tres dias enteros no pudo hacer sino con gran trabajo solos tres versos. Estaba presente otro poeta llamado Alcestides, y dijo: Pues yo para hacer cien versos hástame un dia, y los haré con gran facilidad. Replicóle entonces Eurípides: No os espanteis, porque vuestros versos no son mas que para tres dias; mas los míos son para una eternidad. De la misma manera Zeuxis, excelentísimo pintor, pero espacioso sobremanera, preguntado por qué era tan prolijo en su pintura, deteniéndose tanto en ella, respondió: Pinto de espacio, porque pinto para la eternidad. Engañóse por cierto, porque ya no hay pintura suya, y de Eurípides se han perdido muchas obras, mas ninguna obra buena del justo perecerá; y no hemos menester gastar un dia para ganar una eternidad, porque con el acto de contricion que se hace en un momento ganamos el gozo que ha de durar sin fin; pero debemos aprovecharnos de la consideracion de Eurípides y Zeuxis para hacer no solo las obras buenas, sino muy bien hechas; pues no obramos para solo esta vida, sino para la eternidad, que siempre debe estar en nuestra memoria.

El provecho que causó en el real profeta David su consideracion fue una resolucion firme de mejorar la vida mudándose en otro hombre, alentándose á mayor observancia y mas alta y celestial perfeccion; y así en aquel salmo en que dice: Que pensaba en los dias antiguos y en los años eternos, añade luego el efecto de su meditacion, diciendo que

(1) Lib. 12 var. his. cap. 21.

habia de empezar de nuevo, porque la mudanza que sintió en su corazon era de la poderosa mano de Dios; porque considerando que la eternidad nunca acaba y siempre empieza, y que todo es principio y ningun fin, se determinó de dar tal principio á nuevo fervor y vida mas perfecta que nunca desmayase en su propósito, queriendo en esto imitar á la eternidad, que así como ella siempre empieza, así él queria siempre empezar á merecerla: ¿y qué mucho si lo que hemos de gozar ó hemos de penar, siempre ha de empezar, que tambien nosotros empecemos siempre á merecer lo uno y huir lo otro? El premio no ha de desfallecer, y es razon que el servicio no se canse: el gozo siempre ha de empezar; ¿qué mucho que el trabajo sea como de quien siempre empieza? El descanso no ha de tener fin, y el merecimiento debe estar siempre como en su principio. Con esta consideracion aprovechó mucho el santo Arsenio, haciendo cuenta, aun despues de muchos años que habia hecho una vida santísima, que entonces empezaba, repitiendo el dicho de David: *Ahora empiezo, ahora empiezo*. Nunca hemos de mirar lo trabajado, sino animarnos á trabajar mas por Dios, como lo hacia el apóstol san Pablo, el cual dijo de sí, que se olvidaba de todo lo pasado, y dilataba su corazon y ánimo, extendiéndole para lo de adelante (1): lo cual dijo el Apóstol en sazón que habia pasado tanto, y hecho tales servicios á Dios y en bien de las almas, que habia ya trabajado mas que todos los Apóstoles; despues que se entró por las sinagogas de Damasco á predicar públicamente á Jesucristo, con peligro evidente de la vida, y padeciendo tal persecucion, que si no fuera echándole por los muros de la ciudad, le hubieran hecho mil pedazos; despues que en Arabia convirtió mucha gente; despues de haber convertido muchos en Tarso y Antioquía; despues de haber sido arrebatado al tercer cielo; despues de haberle escogido el Espíritu Santo para su apóstol, y hecho grandes milagros y prodigios; despues de haber dado algunas vueltas á Asia la Menor, y toda la Grecia y lo mejor de Európa, convirtiéndolas innumerables gentes; despues de haber hecho grandes limosnas, recogióndolas con gran trabajo suyo, y hecho grandes jornadas llevándolas á los pobres de Jerusalem; despues de haber padecido innumerables persecuciones; despues de haber sido apedreado muchas veces, y la una haberle dejado ya por muerto; despues de haber sido azotado varias veces y sido preso muchas; despues de haber hecho infinitos servicios á la Iglesia; despues de todo esto no le parecia que habia padecido ni hecho nada por Cristo, y olvidado de todo estaba como el primer dia de su conversion; y determinado á hacer mas, á sufrir mas, á trabajar mas, y empezar de nuevo, teniéndose despues de tantos trabajos y servicios por siervo inútil y sin provecho, como nos aconsejó Cristo cuando dijo (2): *Despues que hubiéreis hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos somos inútiles, hicimos lo que debimos*

(1) Philip. III. Vide Mansuetum in vita S. Pauli. — (2) Luc. XVII. *Quia* (1)

hacer. Compare uno sus trabajos, su celo, su predicacion, su caridad con los del Apóstol, y hallará que no ha empezado. Pues si el Apóstol, despues de haber pasado á los merecimientos en que muchos Santos murieron con grande santidad, se olvidó de todo, y juzgó que no habia hecho nada, tornando á empezar de nuevo; nosotros, que aun no hemos empezado, ¿por qué nos hemos de cansar antes de empezar? Empezemos siempre de nuevo, pues la eternidad que esperamos siempre ha de ser nueva, y siempre ha de empezar. *No nos gloriemos* (dice Dionisio Cartusiano) *de los méritos de la vida pasada, ni pensemos de nosotros que somos algo; sino hayámonos cada dia tan nueva y fervorosamente como si aquel mismo dia empezáremos de nuevo y juntamente hubiésemos de morir.*

CAPÍTULO IX.

Como es la eternidad sin mudanza.

La otra condicion de la eternidad es perseverar sin mudanza, lo cual daban á entender los antiguos con misteriosos símbolos. Unos la significaban pintando una silla; conforme á lo cual dice el profeta Isaias (1) que vió al Señor sentado en un trono muy levantado, representándose en esto la grandeza de su eternidad: y san Juan en el Apocalipsi culebra tantas veces la silla de Dios, dibujándonos por ella su eterna duracion; y mas claramente el profeta Daniel, cuando se le representó Dios como era eterno, y por eso le llama el Antiguo de los dias, le vió todo el cabello blanco y asentado. Con la misma consideracion entre los nasamonos, que eran unos pueblos de África, cuando habia uno de morir le hacian sentar, para que así sentado espirase, significando en la figura de su cuerpo el estado en que entraba su alma, que era el de la eternidad; y por la misma causa encerraban los muertos sentados, dando á entender juntamente que el descanso no se habia de buscar en esta vida sino despues de la muerte, cuando nos entramos por las puertas de la eternidad. No es esta vida para de asiento, no nos hemos de parar en ella: las miserias que en ella hay dañ bastante á entender que no la hizo Dios para de propósito ni para durar; de prestado es, no hay que detenernos en ella, sino caminar á largo paso al monte de la eternidad. Vida tan miserable ella misma dice que hay otra donde hallaremos descanso, pues aquí no lo topamos. En el cielo han de cesar todas nuestras desdichas y miserias; allí se han de enjugar las lágrimas de este valle de ellas; allí han de tener descanso nuestras fatigas; allí ha de hallar asiento la inquietud de nuestro corazon. No hay modo de vida, ni suerte de estado, ni condicion de hombre, ni grandeza de dignidad, ni abundancia de riquezas, ni felicidad de la fortuna que haya dado en este mundo descan-

(1) Isai. vi.

so. Por esto los romanos, cuando levantaban estatua á algun emperador difunto no le ponian sentado; dando á entender que toda la felicidad del mundo habia podido dar en vida descanso verdadero al que gozó de todo el mundo, porque nació el hombre para el trabajo, como dice Job: hasta la muerte no se podrá hallar descanso, ni nosotros le queramos buscar; sino pongamos la silla de nuestro gozo en parte firme y estable, que es la eternidad; no en la inquietud y turbacion de las cosas temporales, porque por lo menos la muerte nos lo echará por tierra.

Otros pintaban la eternidad en forma de culebra ó serpiente, para denotar esta misma condicion de carecer de mudanza y permanecer en su vigor y estado; porque no tiene este animal piés, que son las extremidades de los animales; así la eternidad carece de extremidad y fin. Además de esto, las serpientes, aunque sin piés, sin manos, sin alas, sin escamas y sin otro órgano natural extrínseco (1), como lo tienen los demás animales, se mueven ligerisimamente, y vencen en su curso á los que tienen manos y piés; y solamente hacen esto con su gran espíritu y viveza. Así es que la eternidad sin dias, sin noches, sin mudanzas, que son los piés con que corre el tiempo, vence á todos los tiempos. Además de esto las serpientes tienen tal vivacidad y tan larga vida, que dice Filon Biblio que no mueren, si no las matan; de suerte que apenas tienen muerte natural, porque no tienen las mudanzas de los otros animales, de la mocedad á la vejez, de la salud á la dolencia, sabiéndose conservar siempre en la mocedad, renovándose muy á menudo, y dejando la piel antigua. Además de esto no tienen determinado término de su grandeza como los demás animales, sino siempre van creciendo mas y mas, como la eternidad, que no tiene ningun término, ni en sí tiene declinacion ni mudanza. Esta circunstancia de lo externo es muy para temer en los malos que hayan de estar en aquellos tormentos eternos, sin haber mudanza en ellos, quanto á la pena esencial, sin sentir alivio alguno, ni aun de mudar un tormento en otro igual, ni revolverse de un lado. San Paulino dijo de san Martin que su descanso era mudar de trabajo; porque verdaderamente aunque no se cese de trabajar, el mudar un trabajo en otro, aunque no sea menor, alivia. No han de tener este refrigerio los miserables, ni les será permitido mudarse de un lado á otro. Cosa espantosa es que despues que cayó en el infierno el primer hombre que se condenó, que habrán pasado ya cinco mil años, no haya tenido mudanza que le haya sido de alivio desde entonces acá, habiendo habido tantas en el mundo; porque mientras aquel miserable ha estado sin mudarse en sus atrocísimas penas han pasado grandes alteraciones en el mundo, que una vez se acabó todo él con el diluvio, no quedando vivas sino ocho personas solamente; despues hubo tal mudanza de las cosas, que estando todos en su libertad le tiranizaron los asirios, haciéndose

(1) Apud. Euse. 1 de Præp. evang. c. 7.